

ELINA MOLINS

ERA una niña, y ya un rayo de gloria iluminaba sus abriles. Las notas de color deslumbrantes de Fortuny y las apacibles tintas de Millet, solicitaban poderosamente aquellos ojos que irradiaban las luces de un espíritu avivado por las precocidades del genio. Perteneciente a una familia ilustre de la región gallega, Elina Molins recibió



Elina Molins

sus primeras enseñanzas en el Colegio-convento del *Sacré-Cœur* de Londres, á la edad de nueve años. Allí, bajo aquellos cielos fríos y empañados, toldados de perennes nieblas que no acierta á fundir el beso del sol, el corazón de la notable artista abrióse por primera vez á las doradas esperanzas, y algunos cuadros de caballete, prematuro ensayo de las alas, fueron sus primeros balbucesos.

Estimulada por los alentamientos y plácemes del gran Pradilla--en cuyos brazos recibió las lustraciones del agua bautismal,—la artista viguesa hizo del arte de Mad. Vigée-Lebrún y de Rosa Bonheur objetop referente de sus soñados amores.

Y en verdad que ya en aquella luminosa mañana de la vida era Elina Molins una promesa. Rinconcitos de la naturaleza al aire libre, pájaros de todo linaje, bocetos de pintura iconográfica, academias, y apuntes de árboles y flores, fueron trazados por su mano delicada y fina con la seguridad fácil, nerviosa y repentista de los dibujantes consumados. ¡Privilegiada virtud del genio! ¡Edad dichosa en que las hadas propicias se revelan ya á los hijos bien amados dejándoles gustar las dulzuras de los suspirados triunfos!...

Aunque la ilustre artista todavía se hallaba en sus comienzos, sus obras inspiradas, golosina y halago de los ojos, prendían la atención y recreaban el espíritu por la firmeza del empaste, la valentía del toque y la justeza del color. A medida que avanzaba en sus venturosos ensayos,

iba Elina desplegando la gamma de sus facultades poderosas y acusando con vigor los rasgos más salientes de su complexion de artista; con su *Rinconada del barrio de*

Triana, su *Tipo bohemio* y su espléndida *Vista del Guadalquivir*, la fuerza luminosa de su estilo personal y franco quedó fijada para siempre

¿Qué mágicos despertamientos han podido obrar en el alma de Elina los campos andaluces? . . . Ello es que á poco de sentar su planta en Sevilla, donde prosiguió sus estudios bajo la enseñanza de García Ramos, el colorista eximio, no tardó nuestra paisana en sentir el influjo de aquellos cielos encendidos con todas las magnificencias de sus inflamados ocasos, y de aquellas aguas vestidas con todos los cambiantes de sus olas. Desde entonces el acento personal de la notable artista cobró intensidad y relieve. Dulcificadas por un blanco rayo de la juventud, las esplendideces del color fluyeron de su paleta rica y abundante, y sus lienzos palpitaron con tonalidad caliente y vigorosa.

¡Raro contraste! En los cuadros de nuestra bellissima paisana—cuadros de entonación robusta y viva, sin retoques ni acabamientos—circula, como fecundante sávia, un aliento varonil, rarísimo por cierto en las idiosincrasias femeninas. Ved la *Lluvia de flores* de la insigne Herietta Rae ó las *Jeunes filles* de Mad. M. L. Breslau. Notad con que cuidado sus autoras acusan los perfiles, con que refinado esmero tratan los fondos, que movimiento candoroso y femenino dan á las actitudes y con que delicadeza cuidan los detalles...

Hay siempre en el alma de la mujer exquisiteces y desmayos que con ella nacen y con ella mueren. Sin caer en los refinamientos de J. F. Raffaelli ó Puvís de Chavannes un soplo de poesía delicada y muelle baña como una media luz los cuadros de mademoiselle L. Abbema; lo propio puede decirse de Mlle Salles-Wagner, cuyos lienzos exhalan cierto aliento de enfermiza ternura, fina y blanda. No así Elina Molins. En sus cuadros predomina el trazo enérgico, el toque vivo y genial. A través de aquellas manchas acusadas con nerviosidad y brío descúbrese una organización artística de las más nobles y de ella puede decirse como de Carlota: «su vida anda, pero su alma vuela».

Rescatada á su pueblo natal, Elina Molins remitió varios lienzos á la Exposición de Lugo donde obtuvo medalla de oro. La típica *Cabeza de aldeana*, sorprende por la armonía de las líneas, por la solidez del modelado y por la delicadeza de las carnaciones.

¿Fué ageno el espíritu de la notable artista á las sollicitaciones de la inspiración galaica, después de su transplatación?... Muy lejos de ello, la poesía ensoñadora y melancólica de los horizontes pátrios halló en el corazón de Elina vivas resonancias. Instalada en el país de sus recuerdos, amó las costas célticas ornadas de pinares que repiten sus frondas en las verdes aguas, las brumas osiánicas de nuestros montes, las rosadas auroras de nuestros cielos y las noches druidicas de lunar. Entonces, trasladando al lienzo sus visiones y sus éxtasis, dió á luz sus nuevos cuadros *Castillo de Monte-Real*—verdadero regalo de los ojos,—*Casa de los Condes de Sotomayor*, *Cercanías de Bayona* y *Efecto de luna*.

En todas estas obras, que el notable artista Serafín Avendaño coronó de elogios, supo Elina Molins sorprender triunfalmente las bellezas del paisaje gallego, las armo-



Cabeza de aldeana

nias del claro-oscuro, la vaguedad de las lontananzas y las gradaciones de la luz. Dócil á las evocaciones del genio, la poesía de nuestros horizontes, de nuestros campos y



Castillo de Monte-Real

de nuestras playas tiñó con sus luces la paleta, vencedora de la aventajada joven; un hábil dominio de la técnica aumentó la destreza de su mano, y todas las crudezas de la exactitud real cedieron á su voluntad de artista, como esas fieras que el Amor de las mitologías arrastra á los piés de su madre con cadenas de flores.

¿Flores he dicho?... También nuestra joven compatriota sabe pintarlas habilmente; arte difficilísimo que consagró la fama de Enriqueta Rönnér y de Madeleine Lemaire, la ilustradora insigne de Ludovico Halévy y que consagrará, asimismo, la gloria de Elina cuando sus grandes cualidades se acentúen y confirmen. Los innumerables bocetos de flores que adornan las paredes de su estudio, cautivan por la finura modernista, graciosa y elegante de sus agrupamientos, tonos y matices. Y ¿qué mucho que la mano aristocrática de Elina Molins pinte con notable acierto las rosas, que el cisne del Dusseldorf llamó «sonrisas de los campos», llevando como lleva en su espíritu privilegiado y en sus ojos adorables todas las sonrisas de los cielos?

¡Oh! Aquel perfil de diosa y aquella cabellera de heroína, muestran claro y bien que la artista virgusa ha recibido todas las inspiraciones de la musa inmortal que acaricia la frente de sus elegidos con sus alas sin mancha...

VICTOR SAID ARMESTO

